

Pero vigilar no es sólo una actitud propia del hombre atento y responsable, sino que adquiere un significado particular para el cristiano, el cual pone su fe en Cristo muerto y resucitado. La vigilancia es asunción íntima y profunda de la fe en la victoria de la vida sobre la muerte. En este sentido, el vigilante se convierte no sólo en un hombre despierto, que se opone al hombre somnoliento, confundido, que obtura sus sentidos interiores,, que se queda en la superficie de las cosas y de las relaciones, sino que se convierte también en hombre luminoso capaz de irradiar luz. «Iluminados» por la inmersión bautismal, los cristianos son «hijos de la luz» llamados a iluminar: «Resplandezca vuestra luz delante de los hombres para que, viendo vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). No se trata de exhibicionismo espiritual, sino del efecto desbordante de la luz que, habitando en un corazón vigilante, no puede permanecer escondida, sino que por sí misma emerge y se difunde. En cierto sentido, la vigilancia es lo único absolutamente esencial para el cristiano; es la matriz de cualquier virtud, la sal de su acción, la luz de su pensamiento y de su palabra. Sin ella toda la acción del cristiano corre el riesgo de perderse por completo. Dijo *abba* Arsenio: «Es necesario que cada uno vigile sobre sus propias acciones para no fatigarse en vano».

(Tomado de E. BIANCHI, *Palabras de la vida interior*, Sígueme 2006, 33-35)

4. Después de leer el texto despacio piensa en diálogo con Dios (y de una en una) que significan para tu vida las siguientes palabras:

atención - resistencia - dispersión
equilibrio - somnolencia - lucha
guía/testimonio - lucidez - ojos abiertos

5. Para terminar pide por toda la comunidad cristiana para que se mantenga atenta a la presencia y voluntad de Dios.



UN ESPÍRITU VIGILANTE

El Adviento es un tiempo de vigilancia, pero no como la de aquel marinero que monta guardia en el palo mayor del barco con la vista fija en el horizonte esperando ver algo exterior a él, sino con aquella mirada que recorre nuestra existencia más íntima y nuestras actividades más cotidianas y se abre vislumbrando la *encarnación* de Dios en ella. Quizá sólo tenemos que llegar a nosotros mismos permitiendo que Dios sea todo en nosotros al dejarnos hacer por Cristo.

Esquema para la oración.

1. Ponte en manos de Dios. Toma conciencia de que estás en su presencia. Respira tranquilo, serena tu cuerpo (busca una postura cómoda y que te permita estar atento a la presencia de Dios).

2. Pide la luz del Espíritu Santo para que te haga comprender y acoger el camino que el Señor te propone en esta meditación.

3. Ahora, lee despacio este texto, atento a cada una de las afirmaciones. No tengas prisa, detente en aquellas ideas que te resulten más significativas y deja que el Señor las una a tu vida.

«Solo necesitamos un espíritu vigilante». Este apotema del *abba* Poemen, un padre del desierto, expresa bien la importancia que reviste la vigilancia en la vida espiritual cristiana. ¿En qué consiste? El Nuevo Testamento oponiéndola al estado de embriaguez y de somnolencia, la define como sobriedad, aquel «conservar los ojos bien abiertos» de quien tiene un fin preciso que conseguir y del cual podría ser privado si no está vigilante. Ahora bien, como el fin que se debe conseguir un cristiano es la relación con Dios por medio de Jesucristo, la vigilancia cristiana se refiere totalmente a la persona de Cristo que ha venido y que vendrá. Basilio de Cesarea concluye sus reglas morales afirmando que lo *específico* del cristiano consiste precisamente en la vigilancia en orden a la persona de Cristo: «¿Qué es propio del cristiano? Vigilar cada día y cada hora y estar dispuesto a cumplir perfectamente lo que agrada a Dios, sabiendo que el Señor viene a la hora en que menos lo pensamos».

No es casualidad que este texto subraye la dimensión temporal. Modelo de vigilante es el profeta, aquel que intenta traducir la mirada y la palabra de Dios en el hoy del tiempo y de la historia. Por tanto, vigilancia es lucidez interior, inteligencia, capacidad crítica, presencia en la historia, no distracción, ni disipación. Unificado por la escucha de la palabra de Dios, interiormente atento a sus exigencias, el hombre vigilante se hace *responsable*, es decir, radicalmente no indiferente, consciente de que debe cuidarse de todo y, en particular, ser capaz de vigilar sobre los otros hombres y custodiarlos.

La vigilancia es una cualidad que requiere gran fuerza interior y que produce equilibrio. Se trata de activar la vigilancia no sólo sobre la historia y sobre los otros, sino también sobre sí mismo, sobre la propia vocación, sobre el propio trabajo, sobre la propia conducta; en definitiva, sobre la completa esfera de las relaciones que se viven. Con la finalidad de que el señorío de Cristo se establezca sobre todo.

La dificultad de la vigilancia radica precisamente en el hecho de que ante todo hay que vigilar sobre uno mismo: el enemigo del cristiano se encuentra en él mismo, no fuera de él. «Vigilad sobre vosotros y rezad en todo tiempo; que vuestros corazones no queden abotargados por disipaciones, embriagueces y afanes de la vida», dice Jesús en el evangelio de Lucas (Lc 21, 34.36). El precio de la vigilancia es la lucha contra sí mismo. Vigilante es el resistente, el que combate para defender su propia vida interior, para no dejarse llevar por las seducciones mundanas, para no dejarse arrastrar por las angustias de la existencia; en fin, para unificar fe y vida, y para mantenerse en el equilibrio y en la armonía. Vigilante es el que se aferra a la realidad y no se refugia en la imaginación, en la idolatría; el que trabaja y no vagabundea; el que se relaciona, el que ama y no es indiferente; el que asume con responsabilidad su compromiso histórico y lo vive en la espera del Reino que vendrá. Por tanto, la vigilancia está en la raíz de la calidad de la vida y de las relaciones, se encuentra al servicio de la plenitud de la vida y combate las seducciones que la muerte ejerce sobre el hombre.

Así, el apóstol Pablo avisa a los cristianos de Tesalónica: «No durmamos como los otros, sino mantengámonos vigilantes y seamos sobrios». Para la simbología bíblica, caer en el sueño implica entrar en el espacio de la muerte. Esto vale también para otras culturas; pensemos, por ejemplo en la mitología griega, que hace de *Hypnos* (sueño) el hermano gemelo de *Thánatos* (muerte).